



I

Eloísa Durago nunca estuvo tan joven como el día de su entierro. Era una mañana enfermiza de marzo y las nubes parecían retorcerse de dolor. Su hija, Dalia Torrezno, se sorprendió jugando a adivinar siluetas en el cielo, como cuando era niña y el tiempo aún estaba para perderse. Entonces su madre todavía no había empezado a restringirle calorías a fin de evitarle bromas con el apellido paterno en el colegio; pero las guasas fueron inevitables: «Torrezno, acuérdate de poner el despertador o te quedarás frita». Ahora tenía quince años, cinco kilos por encima de su peso ideal que oscilaban libres bajo un vestido negro elegido por ella, y no era tiempo de jugar: su madre acababa de morir.

Un alivio incómodo se le pegó a la garganta como una placa bacteriana. Sentirse liberada con la marcha de la madre no la dejaba en buen lugar como hija. Se rascó la cabeza y sintió en la nuca una especie de nudo de gato persa. A menudo olvidaba peinarse, incluso lavarse la cara; le bastaba con mojarse las yemas de dos dedos y deslizarlas sobre sus pestañas para despegar los restos de sueño. Podía pasar días sin mirarse al espejo, huyendo



como un vampiro de su reflejo, al contrario que su madre, que no aguantaba un minuto sin buscarse en un cristal. Todos los espejos de la casa estaban iluminados combinando luz cálida y fría hasta alcanzar una temperatura de color de tres mil cuatrocientos grados kelvin, a imitación de los tocadores de camerino, y se había suplido cualquier luz cenital por cálidas lámparas. Eloísa estaba convencida de que el mayor enemigo de la juventud no era el tiempo, sino los halógenos. Había sido una actriz pésima, pero una iluminadora inigualable.

Dalia miraba compasiva cómo su padre recibía con paciencia vidriosa el pésame de los amigos, que hormigueaban a la entrada de la misma iglesia donde se había casado veinticinco años atrás. Era una iglesia pequeña cuya fachada de piedra había sido engullida por un musgo depredador, dando la impresión de estar cubierta por un césped artificial de minigolf. Allí estaban las mejores familias de la ciudad –los Torrelaguna, los Federigni, los Carpio, los Olivares–, de luto hermético. Sus chóferes, estatuarios y domesticados, aguardaban junto a la puerta de los coches como conserjes de hotel.

El ataúd de Eloísa Durago, blanco con ribetes dorados, estaba cerrado. En sus últimas voluntades, que dejaban a su hija las joyas, los bolsos, los zapatos, las pieles, los vestidos y, para poder disfrutarlos, la plataforma vibradora, la elíptica, la cinta de correr, la bicicleta, las pesas, los martirizadores aparatos de Pilates y cuanto invento de masaje y electroestimulación tenía, especificaba que bajo ninguna circunstancia nadie debería ver su cuerpo una vez fallecida; ni siquiera su esposo. La empresa de pompas fúnebres, con quien había estipulado el contrato de los servicios, se cercioró de que así fuera con



Una vez fui bella

un discreto candado que confería al féretro cierto aire a diario adolescente.

Adolfo Torrezno no recordaba muy bien cómo era la cara de su mujer en los últimos tiempos; desde luego no sin maquillaje. Diez años atrás, cuando ella cumplió los cuarenta y cinco, se instaló en el apartamento para invitados del ala sur de la finca, un edificio de planta cuadrada y enormes cristalerías con vistas a la playa de palmeras mediatundas. Eloísa creía que sobre las parejas pesaban el tiempo y la cercanía, que la proximidad podía ser el olvido. Sabía que era posible encontrarse cada noche y no llegar a encontrarse nunca, que el roce también hacía el descariño, que el deseo necesitaba una distancia de inseguridad, mirar a través del ojo de una cerradura antigua: lo suficientemente abierto para la ilusión, lo suficientemente cerrado para el desencanto. Se recluía en aquel apartamento una hora antes de acostarse, para limpiarse la cara y aplicarse el protocolo cosmético recomendado por el prestigioso doctor Medina, quien desde los treinta años le había inyectado toxina botulínica, hidroxapatita cálcica, ácido hialurónico, vitaminas y la había pulido a base de *peelings*, láseres varios y sesiones de radiofrecuencia y ultrasonidos.

Por las mañanas, después de beber el vaso de agua caliente con limón que le traía Luisa, la criada de facciones neandertálicas y piernas varicosas elegida por ella misma en un *casting* sin duda exigente con la fealdad, volvía resplandeciente al lecho conyugal y se tendía mortuoriamente boca arriba. Él había aprendido a hacerle el amor sin despeinarla ni desmaquillarla, así que jamás le tocaba la cara ni la besaba por encima del escote; se concentraba en sus pechos vagamente bamboleantes, de pezones



diminutos como picaduras de araña, y amansaba su furor pélvico para evitarle el sofoco. Al terminar, ella cogía un pañuelo de papel de la mesilla de noche y lo posaba sobre frente, mentón y mejillas, como seca la enfermera al cirujano en una operación delicada.

A Adolfo Torrezno se le empezaban a dormir los dedos de estrechar tantas manos aquella mañana. Sabía que no estaba haciéndolo como le había enseñado su difunto padre, de quien había heredado la mayor empresa aceitera del país: con un apretón fuerte y mantenido, como si se tratara de prolongar el contacto de por vida. Agradecía las muestras de afecto, pero sentía unas espumeantes ganas de salir corriendo y guarecerse bajo la almohada de Eloísa, que aún conservaba el olor primaveral de su pelo siempre embadurnado de ungüentos.

Eloísa había estado más activa de lo habitual las últimas semanas, agitada por el viaje a Manila para comprar un valioso cuadro de un autor hispano filipino del que se había encaprichado. Había gestionado ella misma la orden de transferencia al Banco de Oro, de donde debía sacar el dinero una vez allí, pues la transacción tenía que ser en efectivo. Había aprovechado la tarea de preparar el equipaje para ordenar su armario y dar ropa a la beneficencia, pero también había revisado viejas cintas de películas e inspeccionado la casa con dedicación de ama de llaves. La había percibido más cariñosa, como si presintiera su muerte y quisiera dejar el mundo libre de remordimientos, en paz con sus seres queridos. Hasta los músculos de su cara parecían haber trabajado para sostener esa belleza insuperable de lo que está a punto de acabar. Incluso había dormido junto a él la noche antes del viaje, despreocupada por sus rituales de belleza,

aferrada a su cuerpo como la carne de la ostra a su concha. «Has sido, eres y serás el hombre de mi vida», le había susurrado restregando su sexo ronroneante contra él con la naturalidad de los primeros años, encendida de ese tipo de deseo que mana de la sospecha de una pérdida inminente. No recordaba haber retozado con ella así desde la luna de miel, cuando sus ojos hinchados se abrían como un amanecer perezoso y desayunaban pan con tomate seco a la luz cegadora de Creta.

—Ha sido un golpe durísimo, tan de repente, tan cruel.

Eunice Federigni interrumpió la ensoñación de Adolfo con una voz que parecía proceder del fondo de una botella de güisqui. Llevaba su pelo rubio recogido en un moño parabólico y metía la mano por debajo del velo de tul negro para contener las lágrimas con el índice. Era la mejor amiga de Eloísa, su confidente, cofundadora del mercado solidario, compañera de Pilates, yoga, golf, masajes y tratamientos de belleza. Lo único que no compartían era marido ni médico estético, pues Eunice no había logrado superar la fobia a los doctores provocada por una meningitis bacteriana que la tuvo postrada en una cama de hospital hasta los trece años. En las fotografías en las que posaban juntas, abrazadas por la cintura de un modo universitario, Eunice parecía más bien la madre de Eloísa, sonriendo sin inquietarse por las huellas del tiempo. «No hay que temer las arrugas, hay que temer arrugarse», solía decir. Todavía no se explicaba cómo su amiga había podido fallecer atropellada por un coche en una céntrica calle de Manila. Según los testigos, había volado unos dos metros y había ido a chocar contra el parabrisas de un segundo vehículo que venía en dirección contraria, que no pudo hacer nada por evitarla.

Rebotó contra el capó y luego contra el asfalto, abierta como una maleta.

Su último encuentro había sido el día mismo de su partida, en un desayuno en el Organichic; en este establecimiento, hecho de palés y pizarras con frases de autoayuda, adonde las señoras llevaban sus caniches de pelo rosa y sus últimas adquisiciones de Valentino, degustaban zumos, tartas veganas y platos elaborados con productos ecológicos. Fue allí donde el conocido cantaor Polenta se levantó de la mesa en plena comida e improvisó un zapateado que las señoras aplaudieron con las palmas de las manos, sin chocar los dedos para no rozar sus frondosos anillos, creyendo estar asistiendo a un pronto de inspiración que, en realidad, fue provocado por una cucaracha que pasaba junto a la bota flamenca del artista.

Eloísa estaba agitada. La perspectiva de volar la perturbaba. Llevaba gafas de sol de reminiscencias yeyé y el pelo sometido con un pañuelo verde anudado bajo la quijada, como si fuera a volar no dentro de un avión, sino con sus propias alas, y no quisiera despeinarse. Igual que otras veces, le había pedido a su amiga cuidar de su marido y de su hija en caso de accidente.

—¿Puedo cuidar también de tus joyas? —había reído Eunice.

—Puedes.

Había sido un almuerzo apresurado, porque Eloísa tenía una cita con el doctor Medina antes de coger su avión.

No era la primera vez que el doctor perdía repentinamente a una paciente. En los últimos dos años, contando a Eloísa, habían sido tres. Ana Santiluce, de cuarenta y ocho años, presidenta y accionista mayoritaria del banco



Una vez fui bella

Dos Mares –refugio de las mayores fortunas marbellíes–, con la piel brillante y bronceada de los culturistas y un historial dental en blanco, estrelló su deportivo contra un muro y ardió como una bellísima falla en la noche de San José. Se habló mucho sobre los motivos que pudieron llevarla a empotrar su coche contra aquel muro, pero la cacareada infidelidad de su marido con la hermana de ella, diez años menor, convenció a la mayoría.

Lo de Marta Lejerica, de cincuenta y dos, fue diferente. El rastro de su negra melena de flequillo cubista se perdió una noche de temporal en las tímidas dunas de Artola, donde gustaba de exhibir su cuerpo cimbreante hasta bien entrado el mes de diciembre. Solo hallaron el pañuelo de seda rosa que llevaba ese día, según corroboró su marido croata, el dueño de la casa de apuestas electrónicas Winclick, cuyo enlace con los mafiosos de la zona no era un secreto. De hecho, la hipótesis de un ajuste de cuentas centró la investigación policial, que no dio ningún resultado. Los hijos de la desaparecida, un par de mofletudos querubines de dos y cuatro años, tuvieron que llorar un ataúd vacío.

Eloísa Durago, Ana Santiluce y Marta Lejerica, habituales del escaparate social, se conocían de vista, aunque no de la clínica del doctor Medina, pues allí recibían un trato de esmerada privacidad. Eran tres de sus mejores pacientes, con sus pómulos de ardilla, sus frentes pasmadas, sus labios jugosos y sus cejas sorprendidas, que gastaban unos treinta mil euros anuales en paralizantes tratamientos de rejuvenecimiento.

—Mis caras se reconocen fácilmente: son elegantes, discretas, armónicas, bellas; parecen haber sido retocadas por un artista, no por un médico –confesaba el doctor



en una de sus muchas entrevistas, con su característico acento español americanizado.

Ni siquiera con la pérdida de aquellas tres pacientes los ingresos del médico se resintieron. No era raro ver su yate deportivo gris fondeado a una distancia de la costa que posibilitara el suspiro envidioso de los bañistas. O encontrárselo bailando en la catacúmbica discoteca más cara de la ciudad, rodeado de veinteañeras de pechos magnéticos que jugaban a hacer caracolillos con sus greñas canosas.

El doctor Medina, cirujano y médico estético, uno de esos extraños doctores capaces de conservar una legible letra de escuela, había arribado a Marbella hacía cuarenta años proveniente de la clínica Mayo de Minnesota, cuando Marbella era aún un paraíso privativo de aristócratas y artistas. En Puerto Banús, frente a los barcos mastodónticos y los coches testiculares, había erigido su propia clínica, famosa por la investigación de una técnica de rejuvenecimiento definitivo de la que poco más había trascendido, pero que desde su anuncio le había granjeado el rechazo y la antipatía del grueso de sus colegas de profesión, que seguían sus declaraciones con gestos a medio camino entre la preocupación y la burla. «Será un tratamiento permanente –contaba el doctor Medina a la prensa–, no temporal como los procedimientos estéticos convencionales; será indoloro, sin posibilidad de rechazo o alergia, y sin los riesgos de las intervenciones quirúrgicas, que alteran las facciones originales. Pero, de momento, guardaré la fórmula más celosamente que la de Coca-Cola». Los avances de aquella investigación solo los compartía con su equipo médico, una pareja de doctores estirados como chicles de adolescentes, y con



Una vez fui bella

las clientas más fieles, sin ninguna intención de revelar sus secretos antiedad. Medina les prometía una piel de bebé a los cincuenta, virgen de emociones, sin estrenar, un lienzo sedoso y blanco, liberado de poros abiertos, firme, de tono homogéneo y sin la insolencia vermiforme de la arruga.

